



## PERIÓDICO DE SENORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 22 DE SETIEMBRE DE 1882.

NÚM. 35.

### SUMARIO.

1 y 2. Vestido de recibir.—3 y 4. Traje para señoritas.—5 y 6. Dos tiras bordadas.—7 y 8. Cofia de tul y encaje.—9 y 10. Corsé de raso.—11. Corsé para señoras gruesas.—12. Enagua de *surah*.—13. Bordado sobre granadina de seda.—14 á 17. Dos abanicos y dos porta-abanicos.—19. Cuello-esclavina.—

20. Vestido para niños de 1 á 3 años.—21 y 26. Impermeable.—22. Vestido de damasco y raso maravilloso.—23. Vestido de cachemir.—24. Vestido de vigoña.—25, 18 y 35. Vestido de paño y raso.—27. Vestido para niñas de 7 á 9 años.—28. Vestido para niñas de 6 á 8 años.—29. Sombrero de terciopelo otomano.—30. Sombrero para jovencitas.—31. Chaqueta de paño azul oscuro.—32 y 33. Vestido de terciopelo listado, raso y cachemir.—34. Vestido de velo.—36. Vestido de lana listada.—37. Vestido de cachemir.—38 y 39.

Vestido para niñas de 2 á 3 años.—40. Vestido para jovencitas de 13 á 15 años.  
Explicacion de los grabados.—Maese Pedro (conclusion), por D. Eduardo de Lustonó.—Dos Angeles, historia vulgar (conclusion), por D. Eusebio A. Escobar.—Las Canciones populares, por D. Ginés Alberola.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicacion del figurin iluminado.—Artículos de París recomendados.—Suelos.—Soluciones.



1 y 2.—Vestido de recibir. Delantero y espalda.

3 y 4.—Traje para señoritas. Espalda y delantero.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

**Vestido de recibir.**  
Núms. 1 y 2.

Este elegante vestido es de seda color de topacio, y va guarnecido de encaje de seda del mismo color. La falda va adornada de un volante ancho con fruncidos espaciados. Dos tableados de la misma tela, con dos hileras de encaje, terminan la falda. Corpiño princesa, con pliegues vagos formando *paniers* y guarnecido de dos hileras de encaje. Cinturón de raso. Cuello y mangas hasta el codo, con adornos de encaje.



5.—Tira bordada.



9.—Corsé de raso. Delantero. (Explic. y pat., núm. IV, figs. 25 á 36 de la Hoja-Suplemento.)

**Traje para señoritas.**  
Núms. 3 y 4.

Es de raso maravilloso color de níttria. Falda plegada. Túnica con tablas anchas al traves. Corpiño princesa recogido en las caderas, formando punta y abierto sobre un chaleco igual plegado á lo largo. Todo el contorno va guarnecido de un tableadito igual y otro que sobresale, de seda azul claro. Lazo grande de raso maravilloso en la cintura, por detras. Cuello blanco de guipur, y mangas largas con carteras de guipur.

**Dos tiras bordadas.—Núms. 5 y 6.**

Se hacen estos bordados sobre lienzo, percal, nansuk, batista ó muselina, y se componen de ojetes, feston, puntos rusos y ruedas, bajo las cuales se recorta la tela.

**Cofia de tul y encaje.**  
Núms. 7 y 8.

Se hace esta cofia de tul fuerte, encaje breton de 5 1/2 centímetros de ancho, y cinta azul brochada de 4 centímetros. El fondo se compone de un pedazo de tul fuerte de 40 centímetros en cuadro, y su contorno va adornado con una cenefa bordada con arreglo al dibujo 8. El ala, tambien de tul fuerte, tiene 26 centímetros de largo por 8 de ancho.



11.—Corsé para señoras gruesas. (Explic. y pat., núm. V, figs. 37 á 49 de la Hoja-Suplemento.)

**Corsé de raso.**  
Núms. 9 y 10.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figuras 25 á 36 de la Hoja-Suplemento.

**Corsé para señora gruesa.—Núm. 11.**

Para la explicacion y patrones, véase el núm. V, figuras 37 á 49 de la Hoja-Suplemento.

**Enagua de surah.—Núm. 12.**

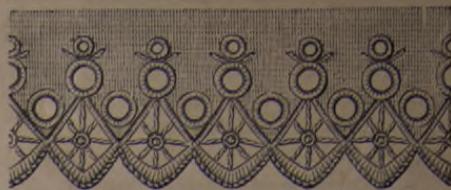
Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

**Bordado sobre granadina.—Núm. 13.**

Se ejecuta este bordado al pasado, con seda del mismo



7.—Cofia de tul y encaje. (Véase el dibujo 8.)



6.—Tira bordada.



10.—Corsé de raso. Espalda. (Explic. y pat., núm. IV, figs. 25 á 36 de la Hoja-Suplemento.)

color que la granadina, ó de color más oscuro, ó con seda de color diferente, como morado sobre granadina negra, para trajes de luto, y sirve para adornar vestidos, confecciones, etc. Se emplea granadina de todos colores: blanca, crema, azul, color de rosa, etc.

**Dos abanicos y dos porta-abanicos.**  
Núms. 14 á 17.

Núm. 14. El varillaje de este abanico es de ébano, con



8.—Bordado de la cofia de tul y encaje. (Véase el dibujo 7.)



12.—Enagua de surah. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

extremos va un gancho para sostener el abanico. El segundo se compone de una cadena adornada de tres rosáceas de azabache tallado.

**Cuello-esclavina.**  
Núm. 19.

Este precioso cuello se compone de tres hileras de encaje unidas á un cuellecito de forma ordinaria. Dos lazos de cinta adornan el cuello-esclavina.

**Vestido para niños de 1 á 3 años.—Núm. 20.**

Falda corta de percal encarnado, cubierta de tres tiras bordadas sobre batista morena. Casquin plegado por delante y por detras, hecho de lienzo moreno. Faja encarnada.

**Impermeable.—Núms. 21 y 26.**

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

**Vestido de damasco y raso maravilloso.**  
Núm. 22.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

**Vestido de cachemir.—Núm. 23.**

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

**Vestido de vigoña.—Núm. 24.**

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

**Vestido de paño y raso.**  
Núms. 18, 25 y 35.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. 1, figs. 1 á 10 de la Hoja-Suplemento.

**Vestido para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 27.**

Para la explicacion y patrones, véase el núm. 11, figs. 11 á 19 de la Hoja-Suplemento.

**Vestido para niñas de 6 á 8 años.**  
Núm. 28.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

**Sombrero de terciopelo otomano.**  
Núm. 29.

Granate oscuro, con forro de raso plegado azul celeste. Plumas blancas.

**Sombrero para jovencitas.—Núm. 30.**

Este sombrero, que es de paja color aceituna, puede hacerse de fieltro, de la misma forma y color, para la estacion actual. Cintas color granate y ramo de cerezas.

**Chaqueta de paño azul oscuro.—Núm. 31.**

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VI, figs. 50 á 57 de la Hoja-Suplemento.



18.—Bordado de aplicaciones. (Véanse los dibujos 25 y 35.)



13.—Bordado sobre granadina de seda.



14 á 17.—Dos abanicos y dos porta-abanicos.

Vestido de terelopelo listado, raso y cachemir.— Núms. 32 y 33.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. III, figuras 20 á 24 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de velo.— Núm. 34.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento al presente número.

Vestido de lana listada.— Núm. 36.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento al presente número.

Vestido de cachemir.— Núm. 37.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento al presente número.

Vestido para niñas de 2 á 5 años. Núms. 38 y 39.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Vestido para jovencitas de 13 á 15 años. Núm. 40.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VII, figs. 58 á 67 de la Hoja-Suplemento.

**MAESE PEDRO.**

(Conclusion.)

V.

Pocos momentos despues que Maese, llegaba otro hombre á la posada.

Era el tal una especie de sayon, medio bachiller, medio hidalgo,



19.—Cuello-esclavina.



21.—Impermeable. Espalda. (Véase el dibujo 26.) (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

que caminaba á pié para más independencia. Despues de mil salutations y latinajos, se dirigió á la posadera, y la dijo :

—Si sois tan buena como hermosa, ilustre señora, no negaréis un albergue á un bachiller ingerto en peregrino, que pasa á Santiago de Galicia en romería.

—¿Romero sois?

—Casi, casi, porque tengo un tio en aquella ciudad, que há poco tiempo vino de las Indias, y él ha de ser mi amparo y salvacion en esta vida para mejor disponerme á ganar la otra.

—Pase en hora buena y calle ya, buen hombre, que si no en lo de romero, bien se le conoce lo de bachiller en lo que corta.

Entró el buen bachiller en la posada, y dirigiéndose derechamente al hogar, se acomodó lo mejor que pudo entre las dos hijas de Maese Pedro, que se hallaban solas, y entregadas á las dulzuras del sueño más salvaje; tanto, que en oyendo los ronquidos de aquellas ninfas, exclamó el bachiller :

—¡Ora pro nobis!....



20.—Vestido para niños de 1 á 3 años.



22.—Vestido de damasco y raso maravilloso. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

23.—Vestido de cachemir. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

24.—Vestido de vigoña. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

25.—Vestido de paño y raso. Espalda. (Véanse los dibujos 18 y 35.) (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 10 de la Hoja-Suplemento.)

26.—Impermeable. Delantero. (Véase el dibujo 21.) (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

—¿Qué sucede? ¿qué es esto? Preguntaron a un tiempo y despertando sobresaltadas las doncellas.

—Que ayudo á usarcedes en la letania, respondió tranquilamente el bachiller.

Alegres eran las mozas, y nada corto el romero de Santiago, como él decía; así fué que á muy pocas palabras fraternizaron, por supuesto hasta ciertos límites, y él con cuentos las entretenía, y ellas pagaban á carcajadas la buena conversacion del bachiller. La posadera, que tambien era mujer de buen humor, compartía con sus hijas, y como ellas celebraba las ocurrencias y buena gracia del narrador. Propúsolas éste dibujar sus retratos en un momento, y dicho y hecho; tomando algunos carbones del hogar, empezó su obra, que fué nueva causa de su alegría, y excitó mayores carcajadas en las tres mujeres, porque no resultó del dibujo sino la cabeza de un ginoves, redonda y calva, en lugar de la vera efigie de la posadera, como el artista se habia propuesto.

—A mi fe, exclamó el bachiller, que el hombre propone y Dios dispone; que sin querer he copiado la figura de mi tío el indiano.



29.—Sombrero de terciopelo otomano.



27.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. (Explic. y pat., núm. II, figs. 11 y 19 de la Hoja-Suplemento.)



31.—Chaqueta de paño sin oscur. (Explic. y pat., núm. VI, fig. 50 á 57 de la Hoja-Suplemento.)



28.—Vestido para niñas de 6 á 8 años. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



30.—Sombrero para jovencitas.



33.—Vestido de terciopelo listado raso y cachemir. Delantero. (Véase el dibujo 12.) (Explic. y pat., núm. 20 á 24 de la Hoja-Suplemento.)

34.—Vestido de velo. Delantero. (Véase el verso de la Hoja-Suplemento.)



35.—Vestido de paño y raso. Delantero. (Véase el dibujo 18 y 25.)



39.—Vestido para niñas de 2 á 3 años. Espalda. (Véase el dibujo 38.)



33.—Vestido de terciopelo listado, raso y cachemir. Espalda. (Véase el dibujo 32.)

Con estas gracias ganóse el romero los afectos de las mujeres, y consiguió que de los desperdicios de la cena del comerciante le aderezasen un almuerzo más abundante que delicado.

Pasó la mañana en la hostería, y á la tarde, y como fué llegada la hora de pagar, dirigióse el bachiller á Maese Pedro, el cual desde muy temprano se hallaba en pie.

—Tengo que hacer á vuesamerced,

señor posadero, dijo el bachiller, una revelacion de importancia.

Al oír estas palabras sorprendióse el hostelero; pero un tanto repuesto, interrogóle despues: —¿Qué relacion es ésa?

—Si usarced es tan caballero como parece á primera ojeada, no se asombrará de que un pobre bachiller se procure el necesario sustento con el menor sudor de su rostro que sea posible. Somos frágiles, y usarced no desconocerá la necesidad de vivir que tenemos, liquiera sea para conservar el uniforme movimiento del mundo. *Motus nec simpliciter motus, nos nera, potentia est seductus entis in potentia.* El movimiento, el número, el espacio, la obra de Dios. *Deus fecit omnia in pondere, in numero et mesura.*

Maese Pedro, que se sentía desvanecer oyendo tanto latinajo, no pudo detener una interjeccion.

—Es el caso, señor hostelero, repuso el ba-

chiller para contener la impaciencia de Maese Pedro, que yo he delinquido lastimosamente almorzando en esta casa y durmiendo tranquilamente y sin la más remota esperanza de pagar....

—Acabáramos, exclamó el hostelero lanzando un suspiro.

—De pagar por ahora, añadió en tono humilde; que en pasando algun tiempo, y cuando por la mudanza de la fortuna que aguardo me vea en algun puesto im-

portante, juro he de pagar á usarced con largueza, que nunca he sido mezquino. —Pues, señor bachiller de mis pecados, repuso Maese Pedro, yo os perdono el almuerzo y doscientos almuerzos con tal de que os quiteis de delante, que yo tambien os juro no haber conocido ni haber tratado en mi vida un ente más hablador ni más oportuno.

—Sea enhorabuena, y Dios os lo recompense, respondió el bachiller; pero no quiero partir de esta casa sin dejaros un testimonio de mi reconocimiento.

—Id con Dios, señor bachiller, que no podriais, aunque quisiérais hacerlo, negar el oficio ó profesion que tenéis.

—Que no tengo, diréis mejor.

—Y dejadme, concluyó Maese Pedro, que no estoy de talante para sufrir bellaquerías.

Pero el bachiller, sin darse por aludido, estrechó entre sus brazos, con aceptacion muy cómica, al posadero, y continuó haciendo lo mismo con las mozas, si ellas, por el que dirá su padre, no se apartaran, y salió de la hostería envuelto en su sotanilla, y sin detenerse ante un grupo de cuadrilleros que venia del lado del camino de Zamora.



36.—Vestido de lana listado. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

37.—Vestido de cachemir. Delantero. (Véase el verso de la Hoja-Suplemento.)

38.—Vestido para niñas de 2 á 3 años. Delantero. (Véase el dibujo 39.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

40.—Vestido para jovencitas de 13 á 15 años. (Explic. y pat., núm. VII, figs. 13 á 15 de la Hoja-Suplemento.)

## VI.

Qué había sido del hidalgo que en la noche anterior llegara á la *Hostería de Caballeros*, ya se dijo al empezar este relato. Su cadáver fué hallado por los cuadrilleros, y conducido á la Puebla de Sanabria, como igualmente el cuartago que montaba. Cuantas indagaciones se practicaron fueron inútiles: nadie conocía el hidalgo, y solamente se suponía, con bastante fundamento, que el crimen se había cometido con el fin de robar al desdichado comerciante.

Pero como llegaban á la Puebla á tiempo que el bachiller salía de la *Hostería de Caballeros*, dióle gana á uno de los cuadrilleros que mandaba la partida de detener á aquel hombre, cuya mala estampa le hacía sospechoso. Fuese por esto ó porque con inútiles declaraciones quisiese la justicia demostrar su actividad ó lucir su poder entre aquellos vecinos de la villa, el hecho fué que el buen Romero tuvo que detenerse y responder á las preguntas que se le dirigieron.

Entre tanto, recostado sobre su propia capa, dejaron el cadáver del hidalgo, precisamente delante de la puerta de la *Hostería de Caballeros*, y la gente acudía á examinarle como si se recrease en el espectáculo de la muerte.

Yo no sé por qué causa tienen los muertos tan poderoso atractivo para las muchedumbres; pero ello es que por ver uno se matarían cuatro vivos. Es una curiosidad que pone de manifiesto la infamia de nuestros sentimientos. No hay diversion para esos curiosos comparable á la que les produce la contemplación del patíbulo, del incendio, de la desolación. Cuentan por instantes las palpitaciones del corazón de las víctimas, los estragos del fuego, ó las gotas de sangre que produce la herida. Buscan los ojos del cadáver para fijar en ellos los suyos, sin sentir en sus pupilas el frío de la mirada del difunto. Consideran el instrumento que produjo la muerte como un objeto venerable de arte, en que cada detalle ofrece una inmensidad de bellezas que loar, y hasta las manchas de sangre con que imprime en el suelo los contornos de su cuerpo el moribundo merecen el examen de la muchedumbre, de esa muchedumbre ávida de sensaciones bruscas y repugnantes para el alma noble. En la ocasión á que nos referimos, todos los desocupados y vagabundos de la villa, que no eran pocos, acudían á extasiarse con la contemplación del cadáver del hidalgo. Y, como siempre, la hipocresía, que es el disfraz de la perversidad, procuraba atenuar lo ruin de una curiosidad infame.

—¡Pobrecito! murmuraban algunos.

—¡Dios le haya en su santo cielo! gruñían otros, entre tanto que alguna vieja le manoseaba como si quisiera resucitarle con sus caricias, y entonaba un *Pater noster* entre rezado y cantado, concluyendo con santiguar al difunto y ponerle sus asquerosos dedos índice y pulgar, formando el signo de la cruz, sobre los cárdenos y helados labios.

Y todo esto á presencia de los cuadrilleros que, cuando más, se contentaban con ordenar el espectáculo para que todo el mundo pudiese disfrutar de él, diciendo al tumulto: —Apártense unos para que pasen otros, y no disputar, que todos pueden verle.

Sucedió, pues, siguiendo nuestro cuento, que como llegase el bachiller adonde se hallaban los de la Santa Hermandad, y viese el exánime hidalgo, sin poder contenerse exclamó:

—Por el señor Santiago, patron de las Españas, que el muerto es mi tío Rui Perez, comerciante gallego, sin hijos ni más pariente que yo, que soy su sobrino y heredero.

—Pues, señor sobrino, repuso el Alcalde, en nombre del Rey nuestro señor, daos preso.

—¿Cómo se entiende? preguntó el bachiller abriendo los ojos desmesuradamente, como si tanto fuera necesario para abarcar toda la grandeza del Alcalde.

Este, sin aguardar á más contestaciones, dispuso que sujetasen sus cuadrilleros el presunto reo, y así se hizo, á pesar de las protestas del bachiller y en medio de las injuriosas palabras que al pobre sobrino dirigían los circunstantes, noblemente indignados contra él.

Hasta la posadera y sus hijas se arrepentían de haber fraternizado con el pícaro bachiller, y la primera, no pudiendo contener su enojo, añadió al supuesto crimen que al infeliz se imputaba el descubrimiento de otro para ella más importante, que lo era el de no haber pagado el almuerzo y el hospedaje, declaración que fué tomada en cuenta por el ilustre Alcalde, á modo de otros para aumentar las hojas del sumario y fundar mejor la acusación del bachiller.

Solamente un hombre había permanecido en su casa sin atreverse á contemplar el cadáver del comerciante: Maese Pedro, á quien afectaban mucho aquellas escenas, como él mismo dijo á su costilla cuando le llamaba para referirle lo del bachiller.

## VII.

Enterrados el hidalgo y su sobrino, uno en los alrededores del cementerio de la Puebla, puesto que había muerto sin sacramentos, y otro en la cárcel de Zamora, continuó el proceso por sus trámites legales, y nadie volvió á ocuparse del asunto.

El bachiller había declarado lo bastante para que los escribanos embandurnasen hasta cien fojas, y los testimonios de la posadera de la Puebla y sus hijas eran muy importantes para formar el silogismo judicial siguiente:

«El bachiller, al no pagar lo que debía en la *Hostería de Caballeros*, demostraba su pobreza, que es una mala costumbre, y un hombre de malas costumbres es capaz de cualquier cosa: luego el bachiller era el asesino de Rui Perez.»

Con esto y con haberle puesto á cuestión de tormento, y no haber querido añadir una sola palabra á sus anteriores declaraciones, quedaba declarado reo, con los apéndices de perverso y hasta contumaz.

Resultaba que el bachiller había recibido de su tío algunos beneficios, y que hacía un año, ó poco más, cuando éste partió para las Indias, le había abrazado cariñosamente, dejándole hasta cincuenta reales de plata para el resto de su vida, y que con ellos pudiese formarse un patrimonio regular.

Noticioso el bachiller por un paisano y camarada suyo, con quien tropezó en Madrid, del regreso de su tío Rui Pe-

rez, pasaba á Galicia, su patria, con ánimo de solicitar la cariñosa protección de su tío, siquiera fuesen otros cincuenta reales con que atender á sus más precisas necesidades, cuando, en llegando á la puebla de Sanabria, sucedió lo cuanto queda referido.

## VIII.

Qué cambio se había operado en el carácter de Maese Pedro desde aquella noche fatal, ninguno de sus camaradas y vecinos podía explicárselo. Él, tan alegre y tan afecto al zumo de la vid, tan hombre de su casa, como que nunca reparaba en los medios de prosperarla, por más que tuviese que humillarse y halagar á cuantos arrieros y gente de poca monta paraban en su posada y *Hostería de Caballeros*; él, que era el ángel feo de aquella familia tan pacífica y tan honrada, habíase cambiado en misterioso y discolorado, y hasta huía el trato de sus más íntimos y afectos compañeros y paisanos.

Parodiando la frase de Fenelon á Calipso, ni repetía ya el eco de su cocina la melodía de su canto, ni osaban hablarle las tres mujeres, que de estorbo le servían, según sus palabras. Vagaba solitario por los alrededores del pueblo, y pasaba muchos días sin salir de su habitación, en la cual ni aun á su misma esposa permitía que penetrase, llevando su crueldad hasta el punto de no compartir ya con ella las dulzuras del tálamo, lo que hacía verter muchas perlas á la desolada hostelera.

Nadie sabía á qué atribuirlo; pero desde la madrugada en que fué asesinado el comerciante, Maese Pedro era otro hombre. Su primer síntoma se había manifestado viendo la figura que el bachiller había dibujado en la cocina de la posada, cuando por retratar á una de las mozas sacó la *efigie* de su tío Rui Perez. Frenético Maese Pedro, borró aquella caricatura y echó á correr exclamando:

—¡Es él! ¡Es él!

Durante las largas veladas del invierno, y mientras la posadera y sus hijas se ocupaban en servir á los viajeros que honraban su casa, de suyo muy honrada, Maese Pedro se hallaba recogido en su habitación, solo y en actitud meditabunda.

Las cariñosas palabras de la posadera no hallaban eco en el corazón de su marido: huía de ella como del mismo Satanás, lo que hasta entonces no le había sucedido; porque Maese Pedro era el primer admirador de las gracias y virtudes de su costilla, á quien consideraba como su ojo derecho; y no podía considerarla de otra manera, porque ella era tuerta del izquierdo.

Los vecinos empezaron por murmurar del posadero, y concluyeron por tacharle de loco ó espiritado. Fué creciendo y extendiéndose esta opinión por el pueblo, hasta tal punto, que no podía el honrado Maese Pedro salir á la calle á ciertas horas de la noche, sin que las viejas le hicieran la cruz, ó le rociaran con agua no bendita los muchachos de la villa.

## IX.

Terminado el proceso que se formaba al bachiller, y condenado éste á la pena de muerte, fué conducido á la Puebla de Sanabria para que le ahorcasen en el mismo lugar donde se cometió el crimen.

Alborozada acudió la gente del pueblo á presenciar el espectáculo gratuito que iba á ofrecerles el verdugo, delante de la cruz del rey Don Sancho. Pocos vecinos renunciaron á la fiesta; pero entre estos pocos se encontraba Maese Pedro, que aquel día estaba como loco, llegando á espantar á su familia con sus gritos y gesticulaciones.

—¡Pobre Maese Pedro! decían algunos de los que le oían ó veían.

—Mientras no se le saquen los malos, objetaban otros, no tendremos hombre.

—El pícaro del bachiller debió hechizarle, murmuraban los más bonachones; porque desde aquella noche no ha vuelto á hacer ni á decir cosa con concierto.

La hora llegó, y el fúnebre cortejo dirigióse al sitio designado. El infeliz bachiller, enjuto y demacrado, caminaba dificultosamente, protestando de su inocencia á cuantos querían oírle. Algunos se compadecían, otros le apostrofaban con crueldad.

El murmullo de la muchedumbre llegaba á los oídos del hostelero, enjaulado según costumbre. La solemne plegaria del religioso que acompañaba al reo se oyó una vez clara y distintamente en la habitación de Maese Pedro.

—De los arrepentidos es el reino de los cielos, repitió con grave acento el ministro del altar.

Estas sublimes palabras hirieron el alma del hostelero.

—¿Será verdad? murmuró para sí.

El bachiller exclamaba sin cesar:

—¡Soy inocente! ¡Dios lo sabe!

—Calle, y no ponga al Señor por testigo de sus bellequerías y crímenes, gritó uno de los cuadrilleros que le acompañaban, sacudiéndole un fuerte espaldarazo.

El religioso contuvo al esbirro, diciéndole:

—Este hombre pertenece en estos momentos á la religión, y próximo á la eterna vida, no teneis vos derecho para maltratarle.

Llegaba ya la comitiva al sitio designado para la ejecución de la sentencia, cuando, corriendo y voceando como un loco, se vió al hostelero, todo descompuesto y agitado, que gritaba:

—Ténganse en nombre de Dios, ténganse y escuchen, que el hombre á quien acusáis es inocente.

—¡Inocente! murmuraron algunos.

—¡Maese Pedro! exclamaron otros.

—¡Está loco! ¡Está loco! gritaron casi todos.

—¡Tiene los malos en el cuerpo!

Estas y análogas voces se oían, y de nada aprovechaban sus juramentos y aseveraciones, que los más se reían y los demás le imponían silencio.

El desdichado bachiller volvió la vista hacia Maese Pedro, y dos lágrimas de gratitud asomaron á sus párpados. El hostelero pugnaba por llegar hasta el reo; pero los que le escoltaban le impidieron el paso.

—Es justicia lo que os pido, por misericordia de Dios, repetía Maese Pedro.

Entre estas réplicas y desórdenes, pasáronse algunos instantes, que fueron los necesarios para que el castigo se cumpliera en el pobre bachiller.

El posadero lanzó un agudo grito y partió á la carrera en dirección del pueblo.

## X.

Pasado aquel acceso, y dominado por el terror, cesó Maese Pedro de repetir aquellas palabras, y dejándose tratar como loco, quiso borrar la impresión que había causado con tan extraña revelación.

Sin embargo, los más maliciosos no dejaron de revolver la historia nada limpia del posadero, y llegaron á sospechar de su complicidad en el crimen. La justicia empezó sus indagaciones, y la hostelera y sus hijas temblaron al pensar que su padre pudiera ser el autor del asesinato de Rui Perez. Pero Maese Pedro fué mejorándose por días, y trascurridos algunos meses, volvió á su estado normal.

Una tarde, hallándose sentado junto al hogar, y precisamente al año de la muerte del comerciante, oyó en la plaza el ruido de los pasos de una cabalgadura que se detenía á la puerta de la *Hostería de Caballeros*.

Maese Pedro salió á recibir al que llegaba, que era un hidalgo de humilde apariencia, caballero en un jaco de pura raza gallega.

Echó pié á tierra y ató su caballo á uno de los pilares que se veían delante del edificio.

—¿Podré alojarme en esta posada? preguntó el hidalgo á Maese Pedro.

—Y la honrais con ello, balbuceó el posadero.

Hidalgo, hostelero y cabalgadura entraron en la posada.

—Necesito habitación segura—dijo el hidalgo.

—A buena parte ha venido vuesa merced—respondió Maese Pedro;—pues somos la honradez.....

El posadero no pudo concluir.

—Menos conversacion y más obras—interrumpió el hidalgo.

Entraron en la habitación, y el recién llegado, quitándose un gran cinturón de cuero relleno de piezas de oro, que traía ceñido, le dejó sobre una mesa.

—Buena carga trae vuesa merced—murmuró Maese Pedro, fijando en el cinturón una codiciosa mirada.

En esto estando, oyéronse grandes carcajadas en la cocina de la posada, y como bajase el hostelero para enterarse de la causa que las producía, vió que era un hombre flaco y cadavérico, medio bachiller y medio peregrino, que dibujaba con carbon en una de las paredes el retrato del hidalgo que acababa de llegar y que tantas piezas de oro poseía.

Y era cosa que espantaba el ver cómo el hidalgo tenía el pecho atravesado por dos estocadas, y el bachiller, ceñido el cuello con la cuerda que había servido para darle muerte.

Maese Pedro vaciló un momento: después lanzó también una carcajada al oír que el hidalgo le reclamaba el cinturón que le había quitado, y que el bachiller le amenazaba furioso por su cobardía y su infamia.

Pero acometido por entrambos, sentía Maese Pedro que entre sus brazos le oprimían hasta tal punto, que haciendo crujiir sus costillas, ahogaban sin piedad su corazón.

Entonces lanzó un grito doloroso y cayó muerto.

Acudieron la posadera, sus hijas y cuantos en la hostería se hallaban, y vieron á Maese Pedro con el rostro amaratado y sin dar señales de vida.

Una congestión cerebral había terminado con su existencia: Maese Pedro había soñado con la expiación, y el remordimiento puso fin á su vida.

## XI.

Muchos meses después la *Hostería de Caballeros* se veía desalquilada; la posadera había encontrado las pruebas del crimen de su marido en el cinturón que éste ocultó aquella madrugada de Enero de 156..... y más honrada que Maese Pedro, en ese concepto, entregó á la justicia aquella cantidad, que no la pertenecía.

La justicia ocupó la prueba del delito, y no faltaron maliciosos que supusieran que la desocupó igualmente.

La familia de Maese Pedro se trasladó á Zamora, y todos los años se decían tres misas en la Puebla de Sanabria en conmemoración del alma del comerciante asesinado, en memoria del alma de su infortunado sobrino y del hostelero, en los aniversarios respectivos de cada uno de los muertos.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

## DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Conclusion.)

**M**ISTERIOS psicológicos que en vano trataríamos de comprender y explicar!

A la entrada de D. Pedro y Enrique en la habitación de Blanca, todos estaban profundamente afectados; y tal silencio reinaba en ella, que hubieran podido oírse latir los corazones del joven y de Mercedes.

Sólo Blanca estaba serena: su rostro parecía rodeado de una divina aureola, y una sonrisa vagaba por sus labios, que participaba de la inocencia del niño y de la expresión celestial del querubín.

En aquel instante, algunas nubes, que habían ocultado el sol toda la mañana, se desvanecieron, y un rayo del hermoso astro del día entró en el aposento, llegando hasta las blancas telas del lecho y aumentando los resplandores que parecían brotar de la inmaculada frente de la virgen.

—Acércate, Enrique—dijo el ángel con una voz dulcísima, como nunca había brotado de sus labios.

Enrique obedeció.

Una vivísima grana coloreó las mejillas de Mercedes al

sentir acercarse á Enrique; pero no se atrevió á levantar los ojos sobre él.

— Dame la mano — siguió diciendo Blanca.

El jóven alargó su mano, que estaba fría y temblorosa, hasta estrechar la de Blanca, y ésta continuó muy despacio y con el mismo acento de dulzura:

— Oyeme, Enrique: tú me has amado mucho, y hoy eres para mí un hermano cuya felicidad quiero dejar asegurada. Ya ves mi situación; Dios quiere arrancarme de este mundo en la flor de mi edad, y bien sabe Él que espero la muerte resignada; más que resignada, contenta. Ahora se me presenta con vivísimos colores esa vida eterna, que me abre sus puertas, y me parece que ya no formo parte de los seres de este mundo. ¡No lloren ustedes! ¿Por qué ese llanto, si lo que me espera es la felicidad? ¿por qué, si voy á dejar la tierra para volar á otro mundo mejor? No creáis que por eso os abandono: desde allí arriba os contemplaré siempre y velaré por vosotros....

Aquí se detuvo y guardó un momento silencio, interrumpido sólo por los sollozos de los que la rodeaban.

Ninguno se encontraba con fuerzas para hablar.

— Dame tu mano también, Mercedes — dijo luégo; — siento que se van agotando mis fuerzas por momentos, y quiero llevar la confianza de que no ha sido inútil mi anhelo.

Mercedes ocultaba parte de su bellissimo rostro con el pañuelo con que enjugaba las lágrimas, y sin variar de postura, tomó el pañuelo con la mano izquierda y dió la derecha á Blanca.

Esta unió las de Mercedes y Enrique con un movimiento rápido, lleno de alegría, y dijo:

— ¡Dios lo dispone así! ¡Juradme que os va á ligar el lazo eterno de amor: ¡jurádmelo!

Mercedes y Enrique no contestaron.

Blanca continuó:

— Es verdad; ¿para qué quiero que me lo jureis, si sé que lo harán VV.; si sé que os amais? Sin embargo, yo tendré un consuelo muy grande en oírlo así de vuestra boca. ¿Lo harás, Enrique? dímelo.

— ¡Qué he de decirte yo, Blanca! — dijo Enrique después de un momento de pausa; — en esta angustiosa situación en que estamos todos por verte postrada en ese lecho, el pensamiento se halla impotente para volar más allá del recinto de este cuarto.

— Pero si lo que espero de tí es lo que va á darme la felicidad en mi última hora, ¿vas á ser tan cruel que, dependiendo de tí, me la vas á negar?

— ¡Oh, no; nunca!

— Entonces, no te detenga la idea de causarme tal vez celos con las palabras que salgan de tus labios. ¿Puede tenerse celos de una hermana querida? ¿Puede causar pena el morir con la seguridad de dejar dichoso en la tierra á un hermano?

— ¡Ah, no! Si tú mueres, no podremos nunca gozar de felicidad completa — dijo Mercedes.

— ¡No seas niña, hermana mía! ¿Quieres que te dé este título?

— ¡Oh, sí, Blanca de mi alma! ¿Dónde encontraría una hermana tan buena, tan angelical como tú?

— Pues bien; oídme, hermanos míos: cuando yo muera, no sé dónde Dios me destinará, aunque yo creo no haberlo ofendido mucho....

— ¿Dónde has de ir más que al cielo?

— ¿Y teniendo esta dulce idea lloras mi muerte? ¿Estaré acaso en la tierra mejor que allí?

— No; pero los que te perdemos....

— Ya sabéis dónde estoy y que no os pierdo nunca de vista; pero.... mi vista se va.... ¡Enrique, dame, por Dios, la promesa solemne de que cumplirás mi deseo!

— Sí, Blanca, sí; te lo prometo.

— ¿Y tú, Mercedes?

— Yo.... también te lo juro.

Y por la primera vez se atrevió á mirar al que, desde aquel momento, era nuevamente su prometido, no pudiendo contener una exclamación de dolorosa sorpresa.

Enrique estaba desconocido.

¡Tanto era lo que había sufrido durante aquellos cuatro meses!

— ¡Oh, gracias! — dijo Blanca; y como si esta palabra hubiera agotado por completo sus fuerzas, inclinó la cabeza, y una palidez cadavérica cubrió su semblante.

Todos rodearon el lecho, creyendo que había llegado el último momento.

En este instante entró el médico, y de una ojeada comprendió lo que pasaba: abrióse paso hasta la enferma, y todas las miradas se fijaron en él con infinita ansiedad.

— Esto es un desmayo que pasará pronto — dijo; — pero la vida de esta niña se va desprendiendo por momentos de su cuerpo: tan tristísimo fin lo saben todos VV., y por eso lo digo: cuando vuelva en sí, que encuentre á su lado un confesor; mi ciencia es impotente contra los altos juicios de Dios, y Dios llama ya á sí á este ángel.

Las lágrimas asomaban también á los ojos del anciano médico al pronunciar estas palabras, y su voz era temblorosa.

Enrique corrió en busca de un confesor á la parroquia cercana. Allí habló con un venerable sacerdote, que se apresuró á cumplir sus deseos, tristemente impresionado por el profundo dolor que retrataba la fisonomía del jóven.

Blanca seguía desmayada, y todos, al ver llegar al sacerdote, salieron de la habitación, quedando solamente el ministro de Dios y el médico.

Cuando la niña abrió los ojos, dirigió una vaga mirada al rededor, y el médico la dijo:

— Hija mía, como los designios de Dios son incomprensibles, y nuestra última hora puede sobrecogernos cuando menos lo pensemos, he suplicado á este santo sacerdote....

— ¡Oh, no siga V., doctor! — exclamó Blanca interrumpiéndole; — yo espero la muerte con alegría, é iba á pedir lo que V., adelantándose á mis deseos, me ha proporcionado.

— Entonces, dejé á VV. solos.

— Sí, déjenos V. solos.

Salió el médico, y media hora después el sacerdote, muy conmovido, dijo que la confesion de aquel ángel estaba terminada, y que podían entrar los que quisieran.

La pobre niña no podía hablar ya: sus ojos, medio entornados, no se apartaban del pequeño espacio azul que veía sobre los tejados de las vecinas casas, y sus labios, que se movían casi imperceptiblemente, murmuraban tal vez una oración.

De pronto, un estremecimiento recorrió todo su sér; abrió extraordinariamente sus ojos, é incorporándose, estendió los brazos hacia los que le rodeaban, diciendo:

— ¡Abrazadme!

Todos se precipitaron á ella, y cuando los hubo abrazado, cayó pesadamente su cabeza sobre la almohada, pero cayó para no levantarse más.

El alma de la virgen había volado ya á la mansion de los ángeles, y su último suspiro lo recogió Mercedes al recibir el último beso de sus labios.

¿Para qué describir el cuadro que presentaba entónces aquel aposento?

Hay acontecimientos en la vida que todos hemos visto desenvolverse; desgracias que todos hemos sufrido, por ser efecto de la ley ineludible de la Naturaleza, y en este caso la descripción es inútil y casi siempre pálida, porque la pluma no puede expresar todo lo que siente el alma.

Blanca murió como había vivido: ángel lleno de pureza y hermosura, comprendió bien pronto que no era éste su mundo, y voló, tranquila y contenta, al que le estaba destinado.

Sus restos fueron depositados en la Sacramental de San Nicolas provisionalmente, pues la niña había dado á entender, en diferentes ocasiones, que quería dormir el sueño eterno al lado de su madre, en el poético cementerio del pueblo donde vió la luz del día.

CAPÍTULO XVI.

Epílogo.

Han pasado tres años; el tren de Madrid acababa de llegar á L....., pueblecito de la Mancha, y de un departamento de primera clase bajaron al andén un matrimonio jóven y una criada, que llevaba un precioso niño en sus brazos.

Un anciano, que se conocía que estaba esperando á aquellos viajeros, se acercó á ellos no bien los vió bajar del coche y les abrazó cariñosamente.

— Ya me figuraba que no se olvidarian VV. de este día — dijo.

— Nunca, Anselmo — contestó Mercedes — pues era ella; el aniversario de la muerte de mi querida hermana, hemos jurado mi Enrique y yo pasarlo siempre en este pueblo; ir juntos á hacerle una visita al cementerio, y colocar en su tumba algun sencillito recuerdo de nuestro cariño.

— Sí, tiene razon mi Mercedes — añadió Enrique, mirando tiernamente á su mujer; — éste es un día muy triste para nosotros, y en ninguna parte lo debemos pasar más que aquí.

— Mi desgraciada sobrina os lo agradecerá desde el cielo — dijo Anselmo.

Al entrar en el pueblo, una señora anciana se arrojó en los brazos de Enrique, llenándolo de besos; besos que también prodigó á Mercedes, y con creces al niño que llevaba la criada.

Era la madre de Enrique.

Todos juntos siguieron hasta la casa de ésta, y después de descansar un momento, se dirigieron al camposanto, pintoresco sitio, que más bien parecía un jardín que un cementerio.

En medio de su único patio se levantaba un elegante sepulcro, costado por D. Pedro de Vargas, en uno de cuyos frentes se leía, en letras de oro, la siguiente inscripcion:

BLANCA.

Esto era bastante para el corazon de los que tanto la habían amado.

Al llegar donde se elevaba el sepulcro, se arrodillaron todos, y por espacio de mucho tiempo oraron en silencio.

Después se levantó Mercedes, y acercándose más, dió un beso en el frio mármol, y colocó en él una preciosa corona que había traído de Madrid, tejida por ella misma.

Enjugándose las lágrimas que habían brotado de todos los ojos, volvieron á la casita de la madre de Enrique, y allí pasaron el día, siendo el único objeto de su conversacion el recuerdo de Blanca.

A la mañana siguiente, Anselmo, la madre de Enrique, éste, Mercedes y la criada, llevando en sus brazos el niño, se dirigieron á la Estacion del ferro-carril.

Los dos ancianos despidieron con mil demostraciones á los últimos, excitándoles á que se fueran á vivir con ellos una temporada larga.

— Sí, madre mía — decia Enrique; — ya que V. no quiere venirse á vivir con nosotros, ni abandonar su pueblo, nosotros vendrémos á pasar aquí unos meses. ¿No es verdad, Mercedes?

— ¡Oh, sí! Ese es mi mayor deseo.

— Pero el tren se marcha....

— ¡Adios, Anselmo; adios, madre mía!

— Adios: el cielo vaya con vosotros.

Partió el tren: Enrique quedóse pensativo, y Mercedes, apoyando su mano en la de su marido, le dijo:

— ¿Qué tienes?

— Estoy triste, Mercedes mía, como me sucede siempre que vengo á este pueblo. ¿Te disgusta esto acaso?

— No; porque me da otra nueva prueba de lo que vale tu corazon: yo también estoy muy triste pensando en aquel ángel que murió.

— ¡Qué buena eres! Y Enrique atrayendo á su mujer hácia su pecho, la besó en la frente; luégo sacó al niño de los brazos de la criada, y colocándolo entre sus rodillas y las de Mercedes, lo besaron ambos con pasion.

— ¡Qué feliz soy, Enrique mio!

— ¡Yo también, Mercedes de mi alma!

— ¡Cómo no me he de acordar de ella si le debo la dicha que disfruto!

— Tienes razon, y ella, que nos ve desde el cielo, estará satisfecha y cuidará de que no se nos concluya nunca.

EUSEBIO A. ESCOBAR.

LAS CANCIONES POPULARES.



En el Norte de Europa, ha dicho un escritor ilustre, no se canta sino para conservar los recuerdos históricos. Las antiquísimas tradiciones de sus padres están permanentes alrededor del Báltico, y mezclan las notas sordas y monótonas de sus cantos al ruido de los pinos y al soplo de la brisa. En el Mediodía, y sobre todo en España, la característica principal de sus canciones ¡ah! es la tierna expresion de lo que pasa en el fondo del alma, siempre anhelosa de amor purísimo é infinito.

Examinad, examinad si no, una por una las innumerables coplas que forman como el tesoro más preciado de nuestra poesia popular, y veréis cómo todas ellas casi se reducen á expresar, con el calor propio de una raza tan vehemente como nuestra raza, el fuego de la pasion, la intensidad de los dolores, la pena de la ausencia, la mortificacion de los celos.

Para cerciorarse de la verdad de este aserto, no hay como asistir á una de esas sublimes y poéticas escenas que con tanta frecuencia se celebran en la bella y riente Andalucía; no hay como escuchar allá, por las altas horas de la noche, una serenata de amor, y entre el murmullo de los torrentes, entre el ruido monótono de los árboles agitados por la brisa, entre las vibraciones de los grillos escondidos en las matas, oír, acompañada por la guitarra, la voz dulce y melancólica de una hermosa mujer cantando la incomparable malagueña, cuyos acordes conmueven por maravilloso modo hasta lo más íntimo del corazon, y cuya letra, por lo general, expresa un mundo de ideas y un mundo de sentimientos cuando dice dulcemente, en estrofas de acabado metro, verdaderos poemas de amor. En estos ratos de regocijo y de esparcimiento para el pueblo, desenvuélvense casi siempre, combinadas adrede ó al acaso, unas con otras las canciones, sentidas, incomparables, amorosísimas historias; y en escenario tan pintoresco como el escenario que presta el patio de las casas morunas de Sevilla; entre el repique de las castañuelas y el són acompasado de las palmadas, y el plañido melancólico de la guitarra, y el torbellino de las parejas que bailan, y el ¡olé! de aprobacion de los concurrentes, que rebosan en júbilo, y el vapor de la manzanilla, apercebida en copas sobre las mesas, pasan, hasta ante los ojos del ménos observador, los personajes todos de éstas, á veces poéticas como la de Pablo y Virginia, á veces trágicas como la de Abelardo y Eloisa, de estas perdurables historias de amor, las cuales, en su diario suceder, bien pudieran llamarse la historia de la humanidad.

Sin haber asistido á ninguna de tales reuniones, tan frecuentes en las ciudades andaluzas, nos podemos fingir en la memoria la escena; escuchar el suave y melancólico són de la guitarra ó la tiorba, que, con el débil sonido de sus cuerdas, trasporta el alma á regiones desconocidas; oír las canciones que los amantes, arrobados como el ruiseñor en la selva, y creyéndose en completo apartamiento y en soledad completa, se dirigen unos á otros, á porfía, para expresarse mutuamente sus amores, sus agravios y sus penas; contemplar al apuesto galán lanzando á los aires sentidísimas declaraciones de amor; ver á la esbelta moza de negros ojos, de arqueadas cejas, de largo pelo, de graciosa boca, despertarse de su soñarrera natural y pronunciar cariñosísimas contestaciones, y, en fin, de admiracion llenos, quedarnos extáticos ante los esplendores y las magnificencias de la poesia y del sentimiento populares, oyendo unas veces quejidos lastimeros del alma, oyendo otras protestas de amor, cuya firmeza invencible, ni las contrariedades, ni la adversa fortuna logran quebrantar, y el cual, por no tener fin, ni áun siquiera le tiene allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno, y siempre suspiros tiernísimos, pensamientos sublimes, máximas verdaderas y sábias.

Será que los climas ejercen soberana influencia en la complexion física é intelectual de los individuos; será que el calor, que es la vida, así como desarrolla las plantas, desarrolla también las inteligencias; pero no puede dudarse que España, la reina del continente europeo, nuestra nunca bastante amada patria, es la tierra predilecta del amor, de la poesia y del sentimiento. No encontraréis quizás grabados en los anales de nuestra historia nombres de matemáticos tan respetables como Newton, de naturalistas tan sabios como Smicht, de filósofos tan admirables como Kant ó como Hegel; pero en cambio encontraréis grabados indeleblemente en todas sus páginas, ora el nombre de Pelayo, que inicia la reconquista de España y salva á Europa de la invasion sarracena; ora el nombre de D. Juan de Austria, que liberta en el golfo de Lepanto á toda la cristiandad de una ruina cierta y de una deshonra irremisible; ora el nombre de Hernan Cortés y de Pizarro, que conquistan el Nuevo Mundo; ora el nombre de Murillo ó el nombre de Velazquez, que producen maravillosos cuadros; ora el nombre de Cervantes, que con su novela inmortal, *D. Quijote*, hace reír y llorar á un mismo tiempo á toda la humanidad; ora, en fin, los nombres de Calderon y de Lope.

Y es que España es la cuna de los guerreros, de los artistas y de los poetas; es que aquí, como en ninguna otra parte, se siente, y, como en ninguna otra parte, se saben expresar los sentimientos. Por eso la poesia se derrama á torrentes por las calles, como por el espacio se derrama la luz del sol. Y desde el preso que gime en estrecho calabozo, y en cuatro versos melancólicos manifiesta el dolor que le causa el abandono en que le dejan sus más caros amigos; y el soldado, que se despidе de su aldea diciéndole á su amada en cuán poco tiene la nefasta suerte que le conduce á la guerra, pero cuánto deplora la forzosa y triste ausencia que le aparta de su lado; y el contrabandista, tipo originalísimo en nuestra patria, cuyo valor no tiene igual, que, cruzando barrancos y salvando riscos, sobre soberbio troton montado, dice coplas alusivas á su vida azarosa y errante; hasta el pobre minero, sepulto allí en las entrañas de la tierra, que se encomienda á la Virgen Maria en religioso y místico cantar, todos componen su correspondiente subli-

me canción, cuyas melodías semejan quejidos del alma, y cuyas estrofas, ecos resonantes de amores infinitos.

Hemos resumido en corto espacio nuestro humilde juicio acerca de lo que podríamos llamar cantares románticos de nuestra patria; ya os hablaremos en otro artículo de las canciones que la fe religiosa inspira á nuestro pueblo, el más cristiano y el más católico entre todos los pueblos del planeta.

GINÉS ALBEROLA.

San Sebastian, 25 de Agosto de 1882.

## CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

## SUMARIO.

Fin del verano.—Regreso de los parisienses á la capital.—Sueño profético.—París de día y París de noche.—Vengan los serenos.—Los coches-wagones.—¡Pobre criatura!



É aquí el término del verano, si me es lícito llamar así la estación lluviosa, desigual, desapacible que acabamos de atravesar.

Los parisienses vuelven á París. Con una paciencia y un valor sin igual habían aguardado, á orillas del mar ó en las estaciones termales, á que el mes de Setiembre les indemnizase de los rigores del lluvioso Julio y del tormentoso Agosto.

¡Ilusiones engañosas!

El frío y la lluvia les han obligado al fin á volver á sus hogares.

La mayor parte de los teatros de la capital han inaugurado la temporada.

El invierno llama, pues, á nuestras puertas.

Es de esperar que tendremos al fin un poco de calor.

°°°

A propósito del estrambótico verano de 1882, que ocupará una página en los anales burlescos, una de mis amigas tuvo noches pasadas un sueño singular. Se lo referiré á usted tal como ella me lo ha contado:

«Hallábame en París. Estábamos á principios de Mayo. Llovía á torrentes, como es natural. Por calles y plazas transitaba una población envuelta hasta los ojos en amplias y retorcidas bufandas.

» Yo me paré delante de una tienda. Pegado al escaparate había un enorme letrero, que decía así:

ESTACION DE VERANO.

VENTA DE ABRIGOS ALGODONADOS.

GRAN EXPOSICION DE PIELS.

ESPECIALIDAD DE PRENDAS IMPERMEABLES.

» En todas las paredes se veían carteles de teatro, con la siguiente inscripción en letras descomunales: REAPERTURA.

» Entré en un café, y pedí un periódico. Bajo el título de *Crónica parisiense*, expresábase como sigue:

«París, que durante el invierno había quedado desierto, empieza á repoblarse. Todo el mundo presiente que el buen tiempo va á terminar, y que el mes de Julio se acerca. Al invierno, seco y templado, siguen ahora irrevocablemente espantosas borrascas, nieves y granizo. Todos saben que tenemos mal tiempo hasta Noviembre. Así es que los parisienses abandonan sus chalets y quintas de recreo de las cercanías, para encerrarse en sus cómodas y abrigadas habitaciones.

» Nuestros teatros, que habían cerrado sus puertas, se disponen á entrar brillantemente en campaña. La hora de las buenas entradas va á sonar para los empresarios.

» Ya se organizan también por todas partes bailes y soirées....»

» En la página de anuncios leíanse á cada línea invitaciones del siguiente género:

GRIPE, RESFRIADO, CATARRO.

« Todos los médicos aconsejan, desde el mes de Junio y durante toda la estación rigorosa, el uso constante del aceite de hígado de bacalao rectificado, fórmula del doctor Isambark.»

¡REUMATISMOS!!!

« El verano es la estación temible para los que padecen de reumatismos, á quienes la humedad es tan nociva. En tan peligrosa estación aconsejamos vivamente la franela triple, engomada. Artículo especial de la casa Craikford and Co., de Londres.»

» En el mismo periódico leíase lo siguiente: «Los cafés cantantes de los Campos Elíseos, que tan favorecidos han estado en la temporada de Diciembre, Enero, Febrero y Marzo, acaban de licenciar sus artistas. En cambio, el Alcázar, del faubourg Poissonnière, dará esta noche su primera representación.

» El Circo acaba de trasladarse también al boulevard.» Preciso es reconocer que hay sueños que se diferencian muy poco de la realidad, y que si las estaciones siguen jugando así á las cuatro esquinas del almanaque, y si los veranos parisienses son de hoy en adelante como la muestra que nos ha regalado este año, el sueño de mi amiga habrá sido un sueño profético, y las costumbres públicas y privadas tendrán que ponerse de acuerdo con las estaciones.

°°°

A decir verdad, París no ofrece en la actualidad muchos encantos á sus moradores.

Por el día, chubascos y tempestades; por las noches, trancazos y puñaladas. Entre estos dos males, no hay elección

posible: el primero no depende de nuestra voluntad, y tenemos, por consecuencia, que sufrirlo con resignación; pero el segundo ya es otra cosa.

La ceguera y el abandono de las autoridades, en este punto, es inconcebible. A fuerza de publicar por todas las trompetas de la fama que París es la ciudad segura por excelencia, que sus anchas calles y espaciosos bulevares, iluminados por la deslumbradora electricidad, ahuyentan los malhechores, como la luz del sol ahuyenta las aves nocturnas, las autoridades han llegado á creerlo, y la policía ha ido retirándose poco á poco, abandonando el penoso é impropio servicio de la ronda.

Dadas las doce de la noche, los señores rateros pueden pasearse tranquilamente horas enteras por las calles de la capital, sin encontrar un solo agente de orden público.

Las causas de tan deplorable estado de cosas son múltiples. De una parte, las empresas particulares, como teatros, cafés-conciertos, circos, bailes, etc., etc., absorben y distraen una parte principal de la fuerza que sólo debía cuidarse de velar por la vía pública. Por otra parte, el aumento considerabilísimo que, de quince años á esta parte, ha experimentado la población de París, que ha duplicado casi, exigía, naturalmente, un aumento proporcionado del personal de orden público.

Nada de eso. En un país en que tanto se gasta, que tiene un presupuesto monstruoso, se escatiman como superfluos esta clase de gastos.

¡Dichoso Madrid con sus serenos! Institución que es, en mi juicio, la mejor de su género que existe en Europa.

Verá V. cómo el día ménos pensado la adoptan los franceses, sin decir, por supuesto, que la han tomado de nosotros.

°°°

Una innovación, que no era, ni con mucho, necesaria, se ha introducido, en cambio, de uno ó dos años á esta parte, en la capital del mundo civilizado y amenaza tomar proporciones escandalosas.

Quiero hablar de los coches-wagones que circulan por las calles de París cargados de extranjeros, y que tienen todo el aspecto de enormes carros cargados de bultos. Es necesario que la Prefectura de policía haya perdido el juicio para haber autorizado un abuso semejante.

Yo he comparado esos carruajes á los wagones de ferrocarriles. En realidad, son unos wagones dobles de ancho y de largo, y como se necesitan cinco caballos para remolcarlos, el conjunto de la máquina cubre un espacio de veinte metros por lo ménos. Cien carruajes de este género bastarían para imposibilitar la circulación en París.

No se comprende cómo los intereses generales quedan así sacrificados al interés de una compañía particular.

°°°

En un prospecto, á propósito de un *biberon* nuevo modelo, se lee lo siguiente:

«...Cuando el niño ha acabado de mamar, se le *destornilla con cuidado* y se le pone en un sitio fresco: con preferencia, debajo de una fuente.»

¡Pobre criatura!

X. X.

París, 16 de Setiembre de 1882.

## EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.693 °

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª y 2.ª edición.)

*Traje de calle.* Vestido de terciopelo azul de cuadros y raso pequin. El corpiño, en punta, muy prolongado por delante y por detras, va abierto en redondo sobre una especie de peto bullonado de *surah* liso verde prado. La sobrefalda se compone de dos paños cuadrados recogidos por detras. La falda, que es de raso pequin, azul celeste, verde prado y blanco, va guarnecida de tres tableados muy altos. Sombrero redondo de copa baja, de fieltro liso, y va adornado de un ala de pájaro y varias plumas verdes matizadas.

*Traje de paseo.* Este traje es de terciopelo marron y raso pequin color de rosa y tórtola. La polonesa cae recta por delante y se abrocha en el costado con dos botones de nácar. El delantero forma delantal plegado y se recoge por detras bajo un lazo grande de pequin. Lazo, corbata y carteras de las mangas, del mismo pequin. La falda, que es también de raso pequin, forma tablas. Sombrero de fieltro, de fondo cuadrado y alas levantadas forradas de felpa, con lazo de pequin por delante y pluma amazona color de tórtola.

## ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Hé aquí, señoras, algunos informes que conciernen á la higiene de vuestra tez y de vuestras manos: no es en modo alguno un móvil frívolo el que nos incita á dároslos, pues creemos que cuidarse las manos y el rostro es una laudable precaución, que está al abrigo de las más severas críticas. Desde luego os diremos que llevar velito en el sombrero es tal vez más útil en el verano que en el invierno, porque el polvo y el sol son perjudiciales al cutis, que cubren de manchitas grises muy feas. Contra este inconveniente, la *crema de fresas*, de la casa Guerlain (15, rue de la Paix, París), es sumamente recomendable: es un producto que se conserva indefinidamente sin alterarse, ni aun por el calor; se emplea como el cold-cream. La *locion Guerlain* es excelente para poner la piel tersa y blanca: el *polvo de Cypris* es impalpable, adherente, y se quita con sólo pasar ligeramente la mano por el rostro. La *Granadina* es una pasta suavísima, que se emplea indistintamente en seco ó

con el agua, y la *Amidina de guimauve aux pistaches*, polvo de almendras, blanquea y suaviza las manos.

MADAME LACHAPELLE, profesora en partos, recibe todos los días, de tres á cinco, en la calle de Mont-Thabor, 27, París, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla.

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.—M<sup>me</sup> de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

PILIVORE! Destruye el vello de los brazos, haciéndolos lisos y blancos como el mármol. Eficacia y seguridad completas. PERFUMERÍA DUSSEY, 1, rue Jean-Jacques Rousseau, París.)

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.—E. COUDRAY, perfumista, 13, rue de Enghien. Todos estos perfumes, de cualquier clase que sean, como se hallan concentrados en un volúmen reducido, exhalan aromas exquisitos, suaves, duraderos y de buen gusto.—Medalla de oro y cruz de la Legion de Honor en la Exposición Universal de París. (Véase el anuncio en la cubierta.)

## VERDADERA

## AGUA DE BOTOT,

ÚNICO DENTÍFRICO APROBADO POR

LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS.

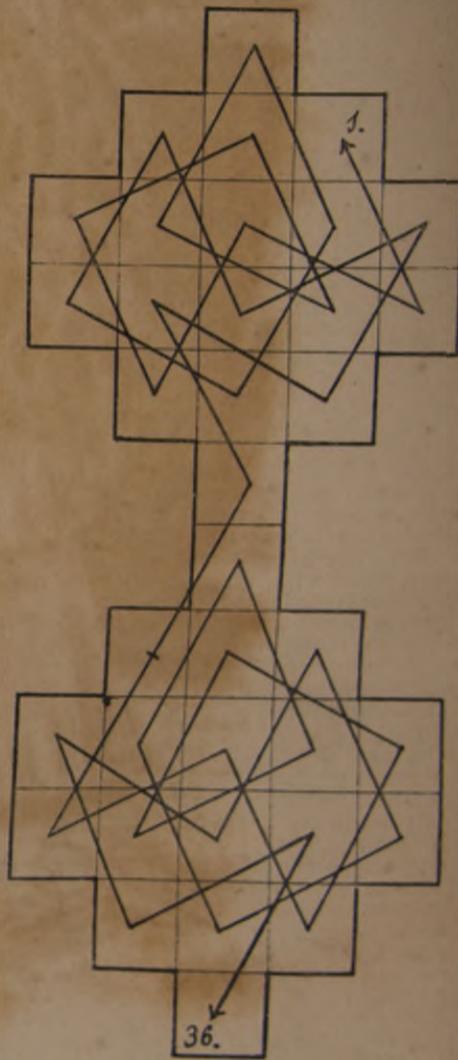
## POLVOS DE BOTOT,

DENTÍFRICO CON QUINA.

Depósito general en París, 220, rue Saint-Honoré.

Depósito: Boulevard des Italiens, 18, y en casa de los principales comerciantes.

## SOLUCION AL SALTO DE CABALLO DEL NÚM. 32.



Un señorón muy contento,  
En su porvenir pensando,  
Soñó que estaba cobrando,  
Y sólo cobraba.... aliento.

Hemos recibido soluciones al Salto de Caballo del núm. 32 de las señoras y señoritas D.ª María Angeles Castillo.—D.ª Estrella del Moral.—D.ª María Navez Muñoz.—D.ª Elodia Arenas y Rodríguez.—D.ª Asunción González Santalla.—D.ª María Bote de García.—D.ª Francisca García Bote.—D.ª E. Ponce.—D.ª Concha de Mata y Villalobos.—D.ª Mercedes Moreno.—D.ª Elvira Badillo.—D.ª Teresa Ansaldo.—Srtas. de Codina.—Srtas. de Muñoz y Trujillo.—D.ª Juana de Leiva.—D.ª Juana Ferrnoso.—D.ª Visitación Artuch.—D.ª Josefa Rodríguez Menéndez.—D.ª Plácida E. y Diston.—D.ª Luis G. Daquino y D.ª A. Gregorio y Pérez de los Cobos.

También nos han remitido soluciones al Geroglífico del núm. 29 las señoras y señoritas D.ª Carmen Hontanón.—D.ª Estanislada Prieto Polsez.—D.ª Eustaquia Usabiaga.—D.ª Isidora Irastorza, y D.ª Javiera Jáizguí.

Y soluciones al Salto de Caballo del núm. 28 de las Sras. y Srtas. D.ª Elisa Ponce.—D.ª María Navez Muñoz.—D.ª Nieves Castilla.—D.ª Milagros Martínez y D.ª Isabel González.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, París).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

MADRID.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra.

Impresores de la Real Casa.

Paseo de San Vicente, 20.

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



Nº 352

*Paris (Mag. de la Mode) et Co. Tailors & Dressmakers, No. 18, Rue de la Paix, Paris.*

Nº 1693<sup>d</sup>

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administración Carretas 12 pral

M A D R I D

*Perfumeria de lujo, Guortain, 15, r. de la Paix, Paris.*

*Fija Regente B. y C. de Austria de M. de Verlus, 12, r. Tubor, Paris.*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA